



De Ira a Ari

De una semana a otra la temporada de la Orquesta Sinfónica Nacional recibió a directores invitados con nombres tan cortos como curiosos y parecidos. Uno se llamaba Ira y el más reciente, Ari. De no creerlo. A este finlandés, Ari Rasilainen (66), se lo había conocido junto a la misma orquesta en 2012, dejando un gratísimo recuerdo con su magnífica conducción de dos programas muy variados. Esta vez tuvo sólo una presentación, suficiente para reacreditarlo en su enorme calidad, pero dejando el gusto a poco de no seguir disfrutando de su talento de gigante.

La terna de obras interpretadas abrió un gran abanico, que de la música chilena sigloveintera saltó al clasicismo vienés, para terminar con la grandeza sinfónica rusa. Pero además hubo una inesperada yapa final de su compatriota Sibelius: el famoso "Vals Triste", en una versión perfecta y emotiva, como nunca se la había escuchado en vivo.

El "Divertimento para orquesta" (1956) de Gustavo Becerra fue un excelente momento de encuentro con el repertorio local, por entero comprensible y dialogante con la audiencia, cargado de sorpresas tímbricas y melódicas.

La Sinfonía Concertante para violín, viola y orquesta de Mozart pudo estar mejor, ya que los primeros violines tardaron en encontrar una ruta común bien enlazada. Por su parte, la dirección de Rasilainen manejó momentos de sobrepeso sonoro. Ya desde el segundo movimiento se pudo disfrutar plenamente de esta obra tan poco difundida y tanta de expresividad como virtuosismo de parte de los solistas Alberto Dourthe (violín) y Georgina Rossi (viola).

Si bien puede afirmarse que la Sinfonía N° 6 "Patética" de Tchaikovski se para sola, porque los propios méritos

de la gran partitura podrían superar a los logros de una u otra interpretación, el maestro escandinavo logró llevarla a máximas alturas. Teniendo como epicentro la creciente grandiosidad inyectada a aquella arrolladora marcha del tercer movimiento, las atmósferas trágicas y turbulentas del comienzo unidas a la desolación final, ciertamente penetraron en lo más hondo del alma de la audiencia.

Aquel agregado de un soberbio "Vals triste", en que las cuerdas sinfónicas rompieron las barreras de la excelencia, dejó a Ari Rasilainen como un director con una autoridad de gigante.